

El libro del bicho negro

(segunda entrega)

SEIS

Llegó a la playa para olvidarse del rostro de ojos grandes que le atormenta, y acabó tropezándose con un cadáver de siete años. Debe ser la música de Diana Krall que lo tiene hipnotizado con su efecto azul, o acaso es Ethan quien prefiere ocupar su mente en el esqueleto y no en la mujer que quiere exiliar de su memoria. El esqueleto ya dolió, ya sanó, y tiene unas cuantas capas de barniz azul, pero la mujer que aún vive y juega a hacerse la muerta todavía punza, no ha sido barnizada, e ignora lo que es producir vaho en un ambiente caluroso.

Algo que le sucedió a Ethan en el velorio de Adrian, o al menos, creyó que le ocurrió.

Aquel año tuvo uno de los veranos más calurosos y el cuerpo de Ethan simulaba que era invierno, no sólo juró ver que sacaba vaho de la boca en una habitación de 30°C, también tenía la sensación de la piel chinita, los labios resecaos y la punta de la nariz congelada. Pero más allá del frío, lo que le molestaba era el hedor de la gente. Detestaba tener que soportar aquel olor que expiden las personas cuando se aglomeran en un lugar cerrado: el aire deja de circular, las fosas nasales se irritan de cierto escozor, y las ventanas terminan empañándose.

En esa concurrencia de noventa personas, Ethan era el único que se llevaba las manos a la boca para calentarlas.

Su palidez también era sobresaliente comparada con las mejillas chapeadas de los demás. Quizás la blancura de su rostro intentaba asemejarlo a Adriana. Si ella estaba sola y él también, ¿por qué no podían parecer marido y mujer en ese último momento? Después de todo, serían las últimas horas en las que Ethan le vería la cara, los pocos minutos en los que la memoria colectiva recordaría que algún día estuvieron casados. Tal vez así, los demás no olvidarían su matrimonio tan rápido y no comenzarían a fastidiarlo con *es hora de rehacer tu vida*. Pero cómo lo lograría,

de dónde sacaría materia prima para intentarlo si sólo le quedaban algunas tiras de piel. Para Ethan, la vida había terminado y no tenía planes de afrontar la realidad.

O tal vez sí... en la barra de una cantina.

Unas horas después, Ethan regresó al velorio donde quedaban los parientes más cercanos de Adriana: sus padres, sus dos hermanos, y algunos tíos. También sintió la pesadez de las miradas en cuanto irrumpió tambaleándose en la habitación, pero poco le importaba lo que pensarán de él. El único vínculo que lo ataba a esas caras estiradas era el cuerpo que estaba en el féretro. Ahora, nada impediría que ellos quisieran sacarlo del velorio por su estado de ebriedad, y nada impediría que él los mandara a la chingada mientras se acercaba a la caja negra de su esposa.

Adriana lucía tan arreglada como siempre: maquillaje perfecto, cabello rubio hasta la altura de los hombros, aretes largos, manicure recién hecho, y una blusa blanca con lunares negros que también vestía el día que se conocieron; una fiesta en la que éste no se mostró tan animado hasta que llegó Adriana y lo invitó a bailar.

Ethan no podía dejar de ver los dos lunares que tenía cerca de la boca, tampoco los lunares negros de la blusa que le ajustaba muy bien.

¿Qué habría debajo de esos lunares negros?

Se sintió un poco excitado cuando notó que en el centro de uno sobresalía la dureza de un pezón. Entonces no pudo evitar bajar la mirada hacia el grupo de lunares que cercanos al escote, se movían al compás de Adriana. Lunares sincronizados con un brinco, una vuelta, un movimiento que los balanceaba de un lado a otro porque eran parte de un cuerpo lleno de energía, no como los que se encontraban pegados al cuerpo rígido que tenía enfrente. Pero los lunares de la blusita dejaron de ser lunares y se transformaron en horripilantes insectos negros que comenzaron a rasgar la blusa de Adriana.

Ethan no creía lo que estaba pasando. Su esposa estaba siendo carcomida por un ejército de coleópteros que querían depositar sus huevecillos.

- ¡No!, ¿qué están haciendo?

Los lunares hambrientos no lo escucharon. Su naturaleza les dictaba procrearse y alimentarse de carne muerta para cumplir con su función en la cadena trófica. ¿Cómo habían entrado esos malditos insectos al cofre de su esposa? Desde el principio, Ethan la quiso cremar porque sabía que una horda de seres carroñeros se daría su festín con ella.

Sin embargo, los dos cuñados ignoraban lo que estaba viendo Ethan y al verlo enloquecer, corrieron a sujetarlo de los hombros para alejarlo del cadáver. Ethan se resistió, tenía que rescatar a Adriana, así que logró zafarse de sus cuñados y se abalanzó contra el cofre que se estrelló en el piso. Estaba más que dispuesto a quemar a los insectos pero cuando llegó al cuerpo de Adriana, no había nada. Sólo estaba su esposa tirada en el suelo, con la blusa de lunares negros intacta, y unos familiares escandalizados que lo mandaron de regreso al hotel donde se estaba hospedando.

Ethan no asistió al entierro de la mañana siguiente. Su primer encuentro con el Bicho Negro lo impresionó más allá de lo imaginable.

SIETE

Eran más de las dos de la tarde, el departamento tenía la temperatura de un horno, pero al parecer a Andrea no le incomodaba pues continuaba acostada en uno de los sillones de la estancia. Sabía que tenía que hacer algo en vez de camuflarse con el tapiz del sillón, pero el calor y la somnolencia siempre le ganaban. Cuando se incorporó del mueble, le echó un vistazo a su alrededor y una madriguera le pareció más higiénica. ¿Cómo podía vivir ahí? Ni siquiera se trataba de un departamento feo pero con los hábitos desordenados de sus inquilinos, parecía estar cubierta por una fina capa de hollín.

Pronto, antes de que la desidia le ganara, estiró sus piernas y se dirigió a la recámara con un trapo para comenzar a limpiar.

Después de unos meses, por fin se percibía movimiento en aquella casa e incluso, el Bicho Negro abandonó el inmueble por una rendija de la puerta, no fuera a ser que ante tanto entusiasmo acabara entre las cerdas de una escoba. Habrá sido que el haber enfrentado a Miguel la llenó de energía y motivaciones, una extraordinaria combinación que había olvidado.

La limpieza del departamento la dejó sin ganas de hacer algo más; se quedó contemplando su labor mientras fumaba un cigarro. Todo lucía impecable, con otro matiz, hasta le dieron ganas de seguir con un cuento inacabado que tenía por ahí arrumbado. Se levantó para buscar el borrador que tenía por ahí guardado en su buró pero cuando se dio la media vuelta, tiró el teléfono del mueble. Cuando lo puso de nuevo en su lugar, no pasaron ni diez segundos para que el aparato comenzara con su escándalo.

Andrea se detuvo en seco. Lo más seguro es que hubiera estado descolgado y con la conveniente caída, lo puso de nuevo en línea. *Miguel, no me arruines el día. No hoy.* Andrea quería dejar sonar al aparato pero era tal la insistencia que contestó.

Para su frágil tranquilidad no se trataba de Miguel, era su hermana que le avisó con la voz ahogada sobre la muerte de su padre.

Con toda la intención del mundo, Andrea llegó al velorio después de la misa. Jamás se había considerado una persona religiosa y aún bajo esas trágicas circunstancias, no pretendía titubear ni un instante de sus convicciones, sobre todo porque la tolerancia la tenía a nivel cero como para escuchar a un desconocido de cuello blanco, otorgarle el perdón del todopoderoso a otro desconocido guardado en una caja por llevar una vida llena de placeres y pecados. Tampoco le interesaba escuchar los falsos elogios del buen hombre de familia que fue y que vivió en la rectitud, ni del lugar en la tierra celestial que ahora ocuparía. No, ella prefería el recuerdo real y humano, o la imagen idealizada y tal vez errónea que tenía de su padre, pero no los juegos de palabras prefabricados de un idiota que después de terminar su gran misión moralizadora, tomara el dinero que costaba su sermón para irse al velatorio de al lado.

Cuando Andrea entró a la habitación, se enfureció al ver a tantas personas reunidas pues sabía que muchos sólo estaban por compromiso, y otros no tuvieron relación alguna con su papá. Eran los amigos de los amigos, los primos de los primos, los mejores amigos de los tíos; incluso uno que otro morbosos que no tenía nada mejor que hacer más que asistir a un funeral.

Para Andrea, no había nada más aborrecible que la hipocresía y las formalidades impuestas.

Después de largo rato de escuchar los mismos pésames de conocidos y desconocidos que una vez que le daban la espalda, continuaban con sus conversaciones sobre el clima y la suerte del difunto, Andrea logró abrirse paso hasta el ataúd de pino que resaltaba en el centro del cuarto. Al lado de éste ubicó a su madre y a la suegra que nunca quiso al yerno pero que igual lloraba con su hija; a su hermana Luciana con su esposo Marcelo de quienes notó sólo estaban unidos por la tragedia; y a su sobrina Natalia de once años, que observaba el cuerpo sin vida de su abuelo con un gesto indefinible. Andrea tenía más bien un nudo en la garganta, pero aguantó con estoicismo al asumir que su padre no hubiera querido verla llorar. Entonces se acercó al cadáver y su blanquecina piel, los zapatos lustrados y el traje nuevo (para el caso), el ramillete de nardos que estaba atorado entre sus manos, y la gran sonrisa tiesa que no era parte del maquillaje mortuorio. *Cuando menos, en apariencia se fue feliz*, o eso se lo dijo Andrea para no aceptar que hubiese preferido verlo vivo una vez más.

El ánimo de la menor de las hijas se alteró tras recibir el frío abrazo de Judith, su madre, y el amargo reproche que le aventó por no haber estado en el hospital cuando su padre estaba moribundo.

- ¡Dime cómo iba a saberlo!, ¡me avisaron hace una hora!

- ¡Si te dignaras a hablarnos, tal vez te hubieras enterado! Desde hace una semana tu hermana y yo intentamos localizarte y nada. ¿Cómo querías que te avisáramos?

- Mamá, bien sabes que mi teléfono es una mierda y si a esas nos vamos, ¡pues tan fácil que hubiera sido que me buscaran en mi casa!

- A ver Andrea, si sabes que tu teléfono está fallando, te fijas que está bien colgado cuando lo usas ¿no?... ¿y crees que no te fuimos a buscar a tu casa?, ayer Luciana te estuvo esperando una hora y ni siquiera estaba el holgazán de tu novio. Luciana te dejó un recado debajo de la puerta avisándote lo que había pasado. Espero en verdad que no lo hayas visto porque...

- ¡Ay mamá!, ¡por favor! ¡Bien sabes que si hubiera visto el pinche recado de inmediato me habría ido con ustedes!

- ¡No me alces la voz!

- ¿Pues cómo quieres que reaccione?, me estás culpando de circunstancias que ni al caso... ¿cómo iba a saber que pasaría todo esto?

Judith y Andrea se callaron de golpe al reparar en que toda la atención del evento no recaía en el muerto. Los presentes, al percibir la incomodidad de madre e hija, desviaron las miradas y volvieron a lo que estaban antes de la disputa. En consecuencia, Judith bajó la voz y retomó el asunto.

- Nadie imaginaba que pasaría todo esto...

Andrea vio a su madre con los ojos llorosos, tragó saliva y respiró hondo.

- Sí, nadie.

En cuanto dieron las once, Andrea se despidió y se fue.

La tradición según su familia decía que debía permanecer en vela toda la noche, ¿pero para qué?, su padre ya no iba a despertarse ni les agradecería por haberse quedado.

El recorrido del metro hasta casa se le hizo largo, pesado, y el vagón estaba demasiado vacío: sólo estaban ella, un anciano y dos parejas. Por lo general, a las once y media de la noche había cuando menos diez personas más, pero la ironía se presentó aquella noche.

Andrea tenía la cara volteada hacia la ventanilla. Contemplaba el avance del metro en el túnel a través de su imagen reflejada.

Todo se movía rápido mientras ella permanecía estática. Siempre había sido así. Afuera se percibía vida, adentro todo estaba muerto.

Cuando llegó a casa no había nadie, sólo el Bicho Negro detrás del refrigerador. Andrea cerró la puerta con desgano, se recargó en ésta y se dejó caer sobre sus rodillas. Bajó la mirada hacia el sillón y localizó un pedazo de papel justo debajo de una pata, entonces sintió la presión de sus propios latidos y rápido, llegó al sofá para desatorar el papel y rectificar lo que no quería: la letra de Luciana avisándole que su papá estaba en el hospital y que se comunicara.

Se alteró. ¿Cómo pudo escurrirse el maldito trozo de papel hasta aquel escondite justo que hoy había hecho la limpieza del departamento?, el trecho que había de la puerta al sillón era enorme para un papel, y sin embargo, logró hacerse invisible. *Todo lo que toca esta casa se hace invisible*, pensó con amargura.

Tras encender un cigarro, se dirigió a la cocina en busca de algo, aún no sabía de qué. Hurgó en el refrigerador y encontró una botella de vino. Se acostó en un sillón y con la cabeza recargada en un brazo del mueble, concentró todos sus pensamientos en la luna que se dejaba ver a través de las persianas. Todo, incluyendo a la misma Andrea, estaba abandonado en la oscuridad aún cuando un débil haz iluminaba su rostro. *Se fue, dejó de ser, se consumió: murió. ¿Qué diferencia hay entre morir y ser un muerto en vida?* Se llevó el cigarro a la boca e inhaló hasta sentir el sabor del filtro. Puso la colilla en un cenicero y observó el humo que sacaba por la boca. ¿Acaso el sillón la estaba meciendo?, el mareo se iba agudizando con un gran vaivén de todo el cuarto que se asemejaba al mar, y a las olas, y a la sal que mantenía a su cuerpo sobre una oscura alfombra de agua. *¿Qué habrá debajo? ¿un tiburón?, ¿un kraken?, un ser abisal jamás visto que la vigilaba con sus ocho ojos, sus mil tentáculos y sus quijadas de acero que podrían hacer de ella un batido de huesos.*

Andrea cerró los ojos. Sus lágrimas estaban pegajosas como ventosas. Un signo del kraken que pronto iría por ella para arrastrarla hacia las profundidades abisales.

Entonces, se dejó llevar.

OCHO

Continuar con la mirada fija en algún punto cercano, extraviado, ubicado casi frente a uno mismo, aunque sin lograr abstraer un solo elemento del entorno presente.

Sólo hay retazos del pasado.

Las imágenes que retienen a Ethan en algún paraje de su memoria, no le permiten descifrar a la figura femenina que lo observa desde hace un momento. Ella regresaba de la playa a su casa cuando desvió la mirada hacia el porche de Ethan. Le llamó la atención su físico, pero lo que más despertó su curiosidad es que él no se haya percatado de su presencia. No hay nadie más en la calle. Sólo están él y ella y el alumbrado público. No obstante, Ethan permanece con la mirada soterrada en el montículo de arena que ella está pisando.

Ahora, ella quiere atraer la mirada de Ethan sin recurrir a su voz, por lo que se sienta sobre la arena gruesa, llena de conchas y algunas colillas de cigarro. Esa noche, ella quiere jugar a que tiene algo mejor que estar sola en la playa.

Si tan sólo pudiera colarse en la cabeza de ese individuo. ¿Será extranjero?, ¿vendrá solo? Tal vez es un mal de amores el que lo llevó hasta ahí, un corazón roto e imposible de enmendar en un continente tan frío como el europeo (si es que su origen es europeo).

Todos vienen a consolarse aquí, a empanizarse con arena y bañarse con cloruro de sodio. Todos vienen a buscar una orilla, un borde. A enterrar los pies en las rocas erosionadas de una montaña, en la composta de fósiles antiquísimos y conchas de moluscos. Luego vendrá la ola que enjuague la picazón de la arena sobre la piel, que arrastre con ella los pedazos deshechos de nosotros.

¿En qué estará pensando?

Se pregunta ella que justo como Ethan, también fue a refugiarse a la playa.

Pero al cabo de media hora, continúa aplastada en su asiento de arena con la atención puesta en Ethan, y sin lograr entender cómo es que él no siente su mirada, lo que a su parecer es una situación extraña en algo que es como una ley: por más concentrado que se encuentre uno, la sensación de ser observado obliga a voltear. ¿Será que los ojos emiten una señal pesada que irrumpe en la intimidad? Quizás Ethan es la excepción a la regla pues en estos momentos le pesan más las noches post-mortuorias en las que hizo del alcohol su medicina.

Pero ella qué va a saber. Se siente intrigada por aquel sujeto que no se ha dado cuenta de su presencia; de ella que lo está oteando para saber si está solo, si es un pervertido, y si le dejaría pasar con él un rato. Por supuesto, no se trataría de algo carnal (o al menos, no son sus primeras intenciones), sólo serían unos minutos prestados para que le ayude a maquillar una culpa de meses. Además, en la casa que rentó hay una gigantesca mosca negra que no ha podido sacar y en estos precisos momentos no tiene fuerzas ni para intentarlo, ni para soportar el ruido que hacen sus alas.

-Voltea... voltea... - repite en voz baja como si fuera una oración.

Ahora se pregunta si el sujeto ya la habrá visto y prefiere fingir que está zurcido a sus pensamientos para no tener que devolverle la mirada, tal como solían hacer los demás cuando se le comenzó a notar el embarazo. Se decían muy abiertos, viva el amor libre y el sexo en la pubertad, pero nadie quería estar cerca de una adolescente con un bebé en camino. Era más fácil crearle una reputación de puta, a tener presente su inminente panza cuando se dieran cuenta que no había condón para saciar la calentura.

Bueno, ella no está embarazada y el tipo sigue sin mirarla. ¿Valdrá la paciencia de aguantar al ejército de mosquitos que están acabando con sus piernas? Quizás es hora de retirarse. Pronto, las ronchas comenzarán a hacerse insoportables y entonces odiará al tipo que tanto quería que la viera.

Pero es un mosquito kamikaze el que logra que Ethan regrese por un momento al presente. Sabía que iría a morir aplastado en cuanto se fuera al cuello de Ethan y no le importó. Arriesgó su corta vida para que Ethan enfocara la mirada hacia el montículo de arena del que se estaba levantando una mujer y se quedara boquiabierto, con la incredulidad en la punta de la lengua.

-¿Acaso es...? - se pregunta sin lograr terminar la frase, pues ella siente la pesadez de su mirada y voltea a verlo.

Ahora Ethan se pregunta quién es ella cuando, sin dejar de mirarlo fijamente, comienza a dirigirse hacia él.

NUEVE

La cabeza le quemaba, el corazón le latía a intervalos irregulares, pero ahí estaba Andrea, aguantándose las lágrimas mientras esperaba junto a la familia a que cremaran el cuerpo de su padre. ¿Era correcto llamarle padre a eso que estaban incinerando? Ya no era nada. No existía más. Aquello que quedó estaba regresando a su estado original: nada. Una vez que las cenizas fueran depositadas en la urna, una corriente bastaría para que se perdieran en el mundo: sus brazos disueltos en un charco, su mano derecha en el estómago de un perro, su pierna izquierda en la paleta de un niño. Todo él engullido por todos.

Judith le puso una mano en el hombro. Las cenizas ya estaban en la urna y había que llevarlas a la iglesia donde quedarían guardadas. Andrea prefería que su cadáver nunca fuera encontrado. Las moscas, los gusanos y demás seres carroñeros, serían más sabios en lo que hicieran con él.

Cuando llegaron a la casa después de la iglesia, Judith, Luciana y Andrea se fueron a la cocina. Andrea apenas y recordaba la última vez que estuvieron los cuatro juntos ahí, en ese espacio de grandes comilonas.

- Hace tiempo que no nos sentábamos las tres en esta mesa - dijo Judith, como leyéndole el pensamiento a su hija.

Pero Andrea apenas y la escuchó. Estaba más ocupada batallando con la vieja cafetera del difunto mientras una silla permanecía desocupada.

- Qué circunstancias nos vuelven a reunir- al decir esto, Judith tomó una mano de Luciana entre las suyas.

Era cierto. La última vez que estuvieron los cuatro juntos en aquella cocina había sido hace cinco años cuando Luciana les anunció que se iba a vivir fuera de la ciudad por el bien de la pequeña. *Este ambiente ya no es sano para una niña de seis años*, y bajo esas palabras se fueron ella, Natalia y Marcelo. Desde entonces, Luciana sólo volvió en una ocasión por un coma diabético que sufrió papá. Ahora estaba ahí porque el augurio se hizo efectivo.

Natalia entró a la cocina dándole un abrazo a tía y abuela. Andrea la observó con atención pues desde el funeral, encontró algo en su sobrina que le recordaba a ella misma: a ninguna le gustaba llorar frente a nadie.

Cuando regresó a casa, Andrea estaba más fuera de sí que antes de la cremación. El tema de toda la plática se centró en su papá y ella se esforzaba en no recordar la última vez que lo abrazó y le dijo que lo quería. Sólo hasta que llegó a la vacuidad del departamento, la imagen de su padre tres meses antes de su muerte se le presentó una tarde en la que Andrea le aplicaba su inyección de insulina. Durante la acción, ninguno de los dos dijo algo y cuando Andrea tomó sus cosas para irse, escuchó a su padre preguntarle:

- ¿Ya te vas?

Andrea, que ya estaba junto a la puerta principal, se volteó para ver la debilitada imagen de su padre, quien le dedicó una mirada que sólo él sabía darle.

- Siéntate junto a mí... por favor.

Andrea no pudo rehusarse a la petición del viejo y se sentó a su lado. Su padre, que la observaba con aflicción, no sabía cómo soltarle lo que le quería preguntar.

-¿Qué ha pasado contigo?, ¿por qué ya no sonríes como solías hacerlo?... cuando vivías aquí.

Andrea tragó saliva tan fuerte que su padre lo notó.

-¿Qué es lo que está mal? Dime.

Pero Andrea era incapaz de responderle algo pues mil y un pensamientos pasaban por su cabeza. ¿Cómo iba a explicarle que no sabía qué hacer con su vida?, ¿qué después de cuatro años de universidad no había encontrado trabajo más que de mesera? Que tenía razón sobre Miguel, que nunca fue una buena decisión haberse salido de la casa. Pero su orgullo la obliga a callar y a decirles a todos que estaba bien cuando sucedía todo lo contrario. *No, no puedo decirle nada. Mis pésimas decisiones son las que me tienen al borde de todo.*

Andrea abrazó con fuerza a su padre. Ya venían las lágrimas. Apretó aún más el cuerpo al que estaba aferrada como una niña y al dejarse sentir confortada por un instante, se soltó. No lo merecía. Tomó su cara con las manos y de la manera más tranquila que pudo encontrar le dijo que todo estaba bien, que no había nada de qué preocuparse.

-Te quiero papá- le dijo mientras le daba un enorme beso en la frente.

Se levantó del sillón con rapidez y se fue. Sabía que su padre iba a decirle algo y no lo dejó.

Andrea se llevó las manos a la cara: quería gritar sus gritos, deshacerse de su orgullo, pero el ruido de la manija la interrumpió para observar la carota de arrepentimiento con la que regresaba Miguel después de dos días.

Con cierta cautela, se acercó a la cama donde estaba llorando su novia, quien de nada más sentir cómo se hundió el sillón fue a recargarse contra la pared. Sin embargo, la tristeza le ganó y se le abalanzó a Miguel en una necesidad absurda.

-Abrazame...

Al sentir el calor de Miguel, lo besó.

- Quédate conmigo.

El beso se prolongó a la frente, a las mejillas, al cuello, a los hombros. Se mordieron los labios, se desnudaron, y mientras él la penetraba violento, apasionado, Andrea observaba al Bicho Negro que estaba en el techo como espectador, con lágrimas en los ojos.

DIEZ

¿Será...?

A Ethan le está matando la posibilidad de una falla en su escondite pues ahí viene ella, a paso lento, con la forma de una silueta que conforme se vaya acercando a la luz irá revelando su identidad. Entre tanto, Ethan se siente más preparado para enfrentar al Bicho Negro que en cualquier momento podría toparse, que a ella, quién sólo le dijo *es mejor así* pese a su desconcierto, pese al gran amor que según él, había entre los dos. Después no supo si odiarla o resignarse a perderla. Sus intentos por encontrarla siempre fueron inútiles. Entonces creyó cuando dicen de alguien que se lo tragó la tierra pues la buscó en su casa, en todos los lugares a los que fueron (incluso en aquellos que sabía serían un desperdicio de tiempo), y no encontró ni un botón, ni un par de cabellos negros, ni siquiera la pluma fuente que siempre llevaba consigo. Solo se fue y lo dejó con ese Bicho Negro, ¿o fue el insecto el que la ahuyentó? Estando a unos meses de la última vez que estuvieron juntos, Ethan sigue sin atinarle a ningún motivo.

Pero los sentimientos encontrados de Ethan no importan. La silueta continúa aproximándose y la luz le da volumen para redondear sus senos, afinar su cintura, ensanchar sus caderas, y su cara... va adquiriendo cierta familiaridad: pómulos marcados, cara ovalada, ojos grandes; también una espesa y negra cabellera. Sin darse cuenta, Ethan se ha levantado de la silla ante la posibilidad que ya casi está frente a él y que le sonrío a menos de dos metros de distancia. De pronto piensa que pudiera tratarse de una sonrisa engañosa. Qué tal que se tratara del Bicho Negro enfundado en el cuerpo de ella. Alguna vez lo vio en una película de ciencia ficción; que una enorme cucaracha intergaláctica

succionaba los órganos de sus víctimas para ocupar su cuerpo y pasar desapercibida por la Tierra. Este Bicho que lo acosa no debe ser terrestre tampoco, o en todo caso, debería considerar una consulta con el psiquiatra pues lo que desde niño se le presentó como una fobia, ahora se le ha convertido en una obsesión.

Ella, que ya tiene un rostro definido, continúa sonriendo y le dice *hola* sin recibir respuesta. Deja pasar unos segundos para darle tiempo de reaccionar o balbucear algo pero *tal vez sí sea extranjero*, puesto que están frente a frente y él la mira lleno de incompreensión.

- *Hi* - repite el saludo con un cambio de estrategia.

El oleaje, a lo lejos, le contesta, mientras que el sujeto que está de pie frente a ella, la mira sin parpadear.

Empero, Ethan no ha dicho nada porque está profundamente desilusionado. Al principio, cuando se acercó a la luz, se quedó perplejo por el gran parecido que tiene con aquella que lo dejó, sin embargo, el atrevimiento de ésta que lo saludó no se parece en nada a la timidez de la otra. Una notable coincidencia de físicos que le hace sonreír, pues además siempre lo andan confundiendo con un extranjero cuando son sus padres los de origen francés.

- *Hola*- termina respondiendo, aunque tampoco sabe qué más decir. Nunca ha sido muy bueno para comenzar una plática con mujeres desconocidas.

- ¡Ah!, ¿si hablas español?

- Sí, claro. ¿Qué pensaste?

- Lo siento - suelta una risa apenada- supongo que ya te habrán dicho varias veces que pareces extranjero.

Ethan asiente con la cabeza mientras ella se limita a sonreír. Ahora que por fin consiguió llamar su atención, no sabe qué pretexto inventarle para que la invite a quedarse con él por un rato.

- ¿Vives aquí?

- No, solo estoy de paso ¿y tú?

- Aún no lo sé. En lo que me decido, trabajo en un restaurante.

- Bueno, eso es algo.

Ella distrae la mirada hacia la botella de vino que está en el porche y Ethan lo nota de inmediato.

- ¿Te gusta el vino? Acabo de abrir una botella, no sé si te gustaría probarla.

- Sí, mucho... - dice sonriendo al ver que su sutileza funcionó- Me caerá muy bien en estos momentos.

Comienza a subir los tres peldaños del porche mientras Ethan le trae una silla y le sirve una copa de vino. En lo que se sienta junto a ella, el diálogo que acaban de sostener le deja la impresión como de haber estado en una mala película, o tal vez, le quedó esa impresión porque las cosas con aquella que tanta ama, jamás fueron así de simples.

Pero eso no le importa ahora que el disco de Diana Krall ha dejado de correr y los ha dejado en silencio con sus copas de vino en las manos. Ethan y la extraña deberán pensar en algún tema trivial para que la copa de vino no les resulte eterna.

Tal vez deberían comenzar por preguntarse su nombre.

